

JON JUARISTI Y ARCADI ESPADA

DIÁLOGO SOBRE NACIÓN, IDENTIDAD Y CIUDADANÍA

Del 8 al 10 de julio de 2005, y dirigido por Javier Zarzalejos, se celebró en Navacerrada el curso «Nación, Estado, Constitución» en el marco del Campus Faes 2005. Dentro del interesante programa allí desarrollado, tuvo gran repercusión el diálogo que Jon Juaristi y Arcadi Espada sostuvieron en torno a los conceptos de «nación», «identidad» y «ciudadanía» y que fue moderado por el propio director del curso. El texto que sigue a continuación recoge la transcripción de aquellas conversaciones revisada por los autores.

MODERADOR

Tenemos la gran satisfacción de contar con dos personas sobradamente conocidas. En el programa indicamos que Arcadi Espada es periodista y que Jon Juaristi es escritor. Arcadi Espada, es cierto, es periodista, es escritor; y es también titular de un *blog* de gran influencia y resonancia pública, y uno de los firmantes de un manifiesto con el que un grupo de intelectuales de Cataluña ha querido dar la necesaria voz de alarma sobre lo que está pasando allí, y fijar una posición que tiene interés para la defensa del sistema democrático.

Puesto que trata de la identidad y de la ciudadanía, el manifiesto no ha tardado en producir consecuencias; hoy mismo, por ejemplo, en los periódicos se recoge la información sobre la reunión de algunos

Jon Juaristi es escritor y catedrático de Filología Española.

Arcadi Espada es periodista y escritor.

de los firmantes de este manifiesto con el Presidente de la Generalidad después de que Oriol Malló publicara un artículo en el diario *Avui* en el que convocaba al exterminio de gentes tan peligrosas como Arcadi Espada, entre otros. Ante esto, y mucho más ante Jon Juaristi, sólo cabe darle a Arcadi Espada la bienvenida al club.

Jon Juaristi, un socio acreditado de ese club desde hace algunos años, es madrileño, pero, como me ha aclarado él, sólo porque los de Bilbao podemos nacer donde nos dé la gana. Es un hombre que tiene una trayectoria pública, cívica, en el pleno sentido de la palabra, que a muchos nos resulta admirable. Por casualidades, lo cierto es que últimamente me estoy especializando en presentarle, y siempre procuro decir que Jon Juaristi existía antes de *El bucle melancólico* –de hecho, él hizo *El bucle melancólico* y no al revés–; la suya es una referencia fundamental de compromiso y de solidez, expuesta también en otras obras muy recomendables: *Sacra némesis*, *La tribu atribulada*, *El linaje de Aitor*; ayudan a comprender el tema que hoy abordamos: «Nación, identidad y ciudadanía».

No es que uno tenga ganas de resolver estas cuestiones en términos antagónicos, pero, como decía el ex Presidente del Gobierno y presidente de FAES, creo que no se pueden resolver con hábiles juegos de palabras. Se hace difícil seguir contemplando impasible a los que no se les cae de la boca la palabra «ciudadanía» y al mismo tiempo se convierten en promotores de las peores obsesiones identitarias que en este momento existen en nuestro país. Eso, al final, plantea un problema fundamental, que es el de la libertad, la ley, la igualdad y la convivencia. Y a los que sostenemos un concepto de nación democrática, como espacio de libertad y de derechos, nos parece que éste es un tema muy relevante sobre el que hay que hablar.

Concedo ahora la palabra a los dos ponentes, que nos van a ayudar a esclarecer qué hacer con esto de la identidad y la ciudadanía si nos reconocemos pertenecientes a una nación.

ARCADI ESPADA

Muchas gracias. Para empezar el coloquio, me gustaría comenzar donde ha terminado Javier Zarzalejos, señalando que uno de los problemas graves de este debate es que mientras todos sabemos lo que

es ciudadanía –el ciudadano como sujeto de derechos–, hay pocos que puedan definir lo que es una nación. Lo digo no solamente por las horas que desgraciadamente he tenido que dedicar a este trabajo, sino también por mi última experiencia política y periodística en Cataluña. Sorprendentemente, en estos últimos tiempos, me encuentro con muchísima gente en Cataluña que se queda callada cuando en el curso de un debate, sea a propósito de la redacción del nuevo Estatuto –que hoy ha ultimado su curso parlamentario– o sea sobre cualquier otra cosa identitaria, y en relación con alguna de esas afirmaciones rápidas que a veces se deslizan en los coloquios, me encaro con ella y le pregunto con amabilidad, pero también con firmeza: ¿qué es una nación? o ¿qué quiere decir cuando asegura que Cataluña es una nación y que, como tal, debe constar en el Estatuto? Para mi sorpresa, las respuestas a este interrogante fundacional no son del todo claras.

Ciertamente, dan algunos datos, con extremada prudencia, basados en la historia, nunca en la raza o la etnia, y en la geografía, a pesar de que tienen buen cuidado de evitar el pecado original del nacionalismo catalán desde la Transición –que es el concepto de los «países catalanes». Asimismo no tienen más remedio que decir que la base de la nación catalana es la lengua como elemento diferencial de identidad. Pero automáticamente han de reconocer que en Cataluña se hablan dos lenguas, y que tan propio es el castellano como el catalán. Por tanto, la lengua no sirve como elemento de definición claro. Si se da el caso de que alguno practica la conjunción entre el republicanismo y los elementos identitarios, a lo mejor puede acabar citando a Renan y su famoso plebiscito de todos los días mediante el cual una nación se regenera. Y más domésticamente, pueden referirse a esa condición administrativa, pero rápidamente corregida por el mito, que Jordi Pujol puso en circulación entre los años 1958 y 1963. Primero, la afirmación de que «catalán es todo aquel que vive y trabaja en Cataluña»; pero después: «y tiene voluntad de serlo».

Quiero dejar claro que ésta es una de las grandes sorpresas felices de mi vida: comprobar que a estas alturas todos aquellos, o buena parte de ellos, que han incluido el término «nación» en el Estatuto de Cataluña, en realidad no saben a lo que se están refiriendo.

La razón es que ese plebiscito diario, al que me refería antes, choca, por ejemplo, con datos de la realidad muy contundentes. El últi-

mo de ellos, publicado en *La Vanguardia*, pero coincidente también con otras encuestas hechas por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 2000 y 2001, demuestra que sólo entre el 25 y el 30 por ciento de los catalanes considera que Cataluña es una nación. Por tanto, el último eslabón, esa «voluntad de ser» a la que ellos se refieren con frecuencia, naufraga de modo lamentable. Sólo un tercio de los catalanes, generosamente hablando, consideran que Cataluña es una nación.

Para colmo, hace un par de semanas, el portavoz socialista en el Parlamento de Cataluña, Miquel Iceta, a la hora de justificar la inclusión de la palabra «nación» por parte de su partido en el texto aprobado hoy, dedicaba un largo y pormenorizado artículo que tenía sólo una tesis: *nación* y *nacionalidad* son términos idénticos, y por tanto no ha lugar a debate. Les ahorro, naturalmente, el punto de extravagancia que tiene este argumento para sostener no sólo un artículo, sino también la actitud de un partido político. Si se trata de sinónimos, ¿por qué se empeñan en una reforma que va a conseguir menos consenso que la palabra original? La palabra «nacionalidad», que había sido discutida tanto desde la izquierda como desde la derecha por su carácter ambiguo y fragmentario, y por el hecho de que ocultaba el problema real de la denominación de las Comunidades Autónomas, deviene, al calor de esta sustitución por la palabra «nación», un concepto rescatado. A mí modo de ver, es un concepto rescatado desde dos puntos de vista. El histórico, si me lo permiten los defensores de la Historia como plan de vida. Efectivamente, incluso historiadores románticos catalanes como Pella i Forgas, en el año 1878 ya señalaron una definición precisa y nítida de lo que quería decir la palabra «nacionalidad»: una comunidad que no aspira a ser un Estado político, soberano e independiente. Y luego, justo un siglo más tarde, en 1978, en pleno debate constitucional, la afirmación de un destacado militante socialista independentista, Xavier Rubert de Ventós, que en un artículo de *La Vanguardia* daba la clave de la inclusión coyuntural de la palabra «nación» en el marco constitucional. Escribía Rubert: «Se dice 'nacionalidad' porque no se puede decir nación catalana o nación vasca».

Así se observaba entonces el fondo del pacto constitucional, que ahora se pretende hacer saltar por los aires mediante la extirpación del eufemismo. Acudiendo en su ayuda, podríamos decir a los nacionalistas catalanes que la palabra «nación» sí tiene un sentido claro

cuando se pone en contacto con «nacionalista», es decir, cuando se piensa en la nación catalana en los exclusivos términos de la nación de los nacionalistas (ese 28 por ciento exiguo de catalanes que creen que Cataluña es una nación), es decir cuando se piensa en la nación como intimidación. O cuando se piensa en esa revelación tan exacta que el abogado, poeta y hombre fino, Mauricio Serrahima, hacía en el año 1967 en sus memorias, a propósito de una polémica que mantuvo sobre Cataluña con Julián Marías: cuando, a mitad del proceso de la gran emigración catalana, Marías le hacía notar que en Cataluña ya se hablaban prácticamente al 50 por ciento dos lenguas, Serrahima le contestaba: «Le aseguro que el 90 por ciento de las comunicaciones telefónicas que llegan a mi despacho de abogado son en catalán».

Difícilmente puede hablar así quien piense que, justamente aludiendo a la inmigración, Cataluña recibió en los 20 ó 25 años anteriores a la Transición a más de tres millones de habitantes, que trajeron consigo, además de su pobreza, una lengua más poderosa como valor de cambio que la que encontraban allí.

Podrían también aceptar ese concepto de nación aquellos que consideran, desde el relativismo cultural más estricto, que todas las culturas y todas las naciones –como ellos dicen, asimilándolas– valen exactamente lo mismo, y que todos los estudiantes catalanes pueden cambiar, sin ningún tipo de problema, a Galdós por Oller, a Baroja por Pedrolo. Es decir, aquellos que no saben ver que una de las peculiaridades de la emigración en Cataluña era que el sujeto que llegaba era pobre pero tenía una cultura demográficamente –sólo digo eso– más poderosa que la que le acogía.

JON JUARISTI

Si se intentase hacer un análisis pormenorizado de las apariciones del término «nación» en la cultura o subcultura política del nacionalismo vasco, los resultados serían bastante distintos del caso catalán. En primer lugar, muchos hemos oído hablar continuamente de la «nación catalana» y nos es familiar el eslogan «Cataluña es una nación». Pero «Euskadi es una nación» es algo mucho menos familiar, porque no lo han dicho los nacionalistas vascos. Tradicionalmente se han resistido a hablar de nación vasca o de Euskadi como nación, y cuando lo hacen

es de modo vergonzante. Creo que Sabino Arana no llegó a utilizar nunca la expresión «nación vasca». Consintió que un partido que él había bautizado de una forma distinta, «Partido Vasco de los Amantes de Dios y de la Ley Vieja», fuera rebautizado en español como «Partido Nacionalista Vasco». Sabino Arana hablaba de «pueblo vasco». Eso es lo que más han utilizado los nacionalistas vascos al referirse a la comunidad nacionalista, obviamente, pero pensando que están hablando de lo mismo que decía Arana. La primera vez que aparece en la literatura histórica algo similar al término nación vasca, pero sin ser lo mismo, es en 1818, en un libro que publica en Auch, Francia, un emigrado vizcaíno afrancesado llamado Juan Antonio de Zamácola, que en la cultura española es famoso por ser uno de los primeros estudiosos sistemáticos y serios del folclore musical español, y no del folclore musical vasco, es decir, el adelantado en la musicología romántica en España. Cuando Zamácola emigra, escribe una historia de las «naciones vascas», no de la nación vasca. No se trata de una historia nacionalista; Zamácola entiende por naciones vascas simplemente las provincias vascas, y utiliza «nación» como lo hace también el autor del *Estebanillo González* cuando dice que el personaje de su novela era «de nación gallega». Es decir, se está refiriendo a una comunidad histórica cuyos naturales tienen una vinculación mutua de origen o nacimiento, o sea de nación, en el sentido de comunidad de origen.

Sabino Arana no utiliza la palabra nación porque no era como los nacionalistas europeos de su época, ni como los nacionalistas de los Estados nacionales ya existentes, ni como los de los movimientos emancipatorios que trataban de destruir los imperios y crear Estados-nación. Sabino Arana era un integrista, y cuando tiene que definirse lo hace en esos términos. Por eso, la única vez que se refiere a su propio pensamiento, dice algo como: «Creo que podría definirme como un integrista porque estoy de acuerdo en todo con los integristas salvo en la patria a la que pertenezco. Los integristas españoles pertenecen a España. Mi patria es Vizcaya».

¿Cuándo se introduce el término «nación» en el discurso del nacionalismo vasco? Aparece tardíamente, a partir de la publicación en 1910 de una historia de Vizcaya de Ángel Zabala Ozámiz, cabeza del sector radical aranista, independentista y retraccionista en política, enemigo de la participación en el sistema, y apoyado por las juventudes del PNV, organización juvenil que aparece en Bilbao en 1904, al

socaire de las luchas por la cuestión religiosa, en la cuna bilbaína de un nacionalismo que todavía no se ha extendido al resto del país en esa época. En Bilbao, 1903 y 1904 fueron años muy agitados, convulsos y violentos, en torno a la cuestión religiosa, con enfrentamientos entre la derecha católica, los republicanos y las juventudes socialistas. Existían juventudes tradicionalistas y juventudes integristas, pero no juventudes nacionalistas vascas; entonces un grupo de jóvenes militantes del PNV decidió fundar unas juventudes nacionalistas que en los años sucesivos irían distanciándose de los cuadros dirigentes del partido hasta el punto de forzar una escisión en plena dictadura del general Primo de Rivera que duró prácticamente hasta 1931, y que estuvo a punto de volver a producirse en 1932 cuando la dirección del PNV se alió con los carlistas y con los integristas en torno a la lucha por el artículo 26 de la Constitución republicana sobre la cuestión religiosa. De nuevo, los jóvenes de las juventudes nacionalistas establecieron una distancia muy clara entre ellos y la dirección del partido. Se plantaron frente a José Antonio Aguirre, que era entonces el hombre providencial no solamente del PNV sino de la derecha católica, de la derecha integrista y tradicionalista, porque las juventudes nacionalistas eran abiertamente contrarias al pacto con los partidos de la derecha católica española, y favorables a una línea de intransigencia nacionalista calcada del nacionalismo irlandés.

Por tanto, ya en la época de la República, las diferencias dentro del PNV entre un sector fundamentalmente juvenil que utilizaba cada vez más la expresión «nación vasca» y la dirección del partido, que evitaba utilizarla –porque, aunque se definían como nacionalistas, no querían entrar en la cuestión de la nación teniendo en cuenta la ambigüedad de la identidad «nacionalista» establecida por Sabino Arana–, son muy fácilmente perceptibles en la literatura que emana tanto de las juventudes como de la dirección del PNV. Se podría incluso decir que la dirección no era nacionalista en el sentido convencional.

En la posguerra, el PNV que se mueve en la clandestinidad comienza a utilizar cada vez con más frecuencia la expresión «nación vasca»; de hecho, aparece en unos folletos editados en la clandestinidad cuyo autor es Javier de Landáburu. Pero no se insistirá mucho en ello, se sigue hablando del pueblo vasco hasta que en los años sesenta sí aparece una nueva organización nacionalista, ETA, que va a hacer un uso exhaustivo del concepto de nación vasca y de naciona-

lidad vasca. ETA se define como una organización nacionalista revolucionaria que ya ha diversificado mucho sus modelos: no atiende sólo al modelo irlandés, sino también a los de las colonias de reciente emancipación como Túnez, Argelia, etc. En 1963 se publica un libro de Federico Krutwig –*Vasconia, análisis dialéctico de una nacionalidad*–, pero para el autor, miembro de ETA, la nacionalidad es Vasconia, no Euskadi, ya que el término «Euskadi», inventado por Sabino Arana en contra de todas las leyes de la gramática, le parecía aberrante. Federico Krutwig, que se consideraba un intelectual solvente en Filología, optó por «Vasconia», que considera más civilizado, en relación con la civilización greco-latina, que era donde –sostenía– había que insertar ese proyecto de nacionalidad vasca, porque, a pesar de que el vascuence no era una lengua latina, la cultura vasca pertenecía a la cultura greco-latina.

Así, el uso del término «nación» en la tradición política del nacionalismo vasco es, en primer lugar, tardío, y, en segundo lugar, nunca se generaliza; hay una preferencia de los nacionalistas por el término «pueblo». Ni siquiera actualmente se oye el término «nación» entre los nacionalistas vascos. Por ejemplo, en el proyecto de Ibarreche no se habla de «nación libre asociada» sino de «comunidad libre asociada» al Estado español. Existe una desconfianza hacia el uso del término «nación», porque el uso supone el concepto de soberanía nacional, y por ahí nunca ha pasado el nacionalismo vasco.

Se han publicado recientemente las actas de un congreso del Instituto Vasco de Administración Pública acerca del pensamiento fuerista en el siglo XIX y en el XX. Casi todos los participantes han sido profesores de la Universidad del País Vasco, en su mayoría nacionalistas. Las ponencias tratan sobre la obra individual de pensadores fueristas del XIX, considerados por la intelectualidad académica nacionalista y por la Administración Pública que ha financiado ese congreso como precursores del nacionalismo vasco; todos los ponentes resaltan que sus biografiados o los objetos de sus estudios jamás fueron partidarios de la soberanía nacional, ni de una Constitución. Todos estos autores que el nacionalismo vasco reclama como precursores defendieron los fueros frente a la Constitución. Esa tradición privativa del nacionalismo vasco lo singulariza entre los nacionalismos españoles. En el PNV no ha habido un Prat de la Riba que escribiera «La nacionalidad vasca» como se escribió *La nacionalitat catalana*; no ha habido esa

identificación en el imaginario nacionalista del País Vasco con una nación. En cambio, ese imaginario ha estado saturado del concepto romántico de «pueblo».

Creo que es importante aclarar una cuestión, porque aparece nítidamente en la obra de Sabino Arana, sobre todo en la parte final, en el llamado «giro españolista» de la obra en 1903, y es una distinción romántica entre pueblo y nación que perdura en el pensamiento político radical español de la segunda mitad del siglo XIX, prácticamente desde Pi y Margall hasta Unamuno. Para Pi y Margall, para los federalistas, una parte de la derecha neocatólica romántica, el pueblo es eterno, la nación es histórica. El pueblo es sujeto de unos derechos inmodificables, mientras que la nación tiene unos derechos pasajeros. En 1903, cuando Sabino Arana decide disolver el PNV y crear una liga de vascos españoles, dice sencillamente «a los vascos no nos podrán hacer españoles ni a cañonazos»; el problema de la nación es secundario, el problema de si se está en la nación española o en una nación vasca es lo de menos, lo que interesa es defender los intereses como pueblo.

ARCADI ESPADA

Curiosamente, Prat utiliza el término «nacionalitat catalana» para no hablar de nación, porque él, fundador del regionalismo, considera que hablar de nación es hablar de un estatuto político que no es el que conviene. Ahora bien, es curioso, porque en Cataluña la diferencia entre pueblo y nación no puede hacerse; desde el nacimiento del catalanismo son conceptos similares.

Me gustaría hablar ahora sobre la llegada de la izquierda al Gobierno catalán, hace un año y medio; ha tenido consecuencias de orden diverso, pero una de ellas es que el catalanismo se ha convertido en premisa obligatoria para hacer política en Cataluña. Se sospechaba, pero ahora ya hay una manifestación empírica. Al cabo de un año y medio, después de las innumerables disposiciones –todas ellas centradas en el único debate político existente en Cataluña ahora, que es el debate identitario en torno a la redacción al nuevo Estatuto–, se acaba confirmando la sospecha. Lo que revalida también algunos presagios sobre el nacionalismo y la izquierda. Hace algunas semanas, preparando una intervención en la Asociación por la Tolerancia, insti-

tución que en Cataluña se ha distinguido por la defensa de los derechos cívicos de buena parte de los catalanes, me interesé por examinar qué papeles habían jugado los intelectuales en Cataluña en los últimos 40 años al respecto de la consolidación y la hegemonía del nacionalismo, y estuve estudiando documentos diversos hasta dar con una pieza que me llevó a pensar en la necesidad de establecer la última historia de los intelectuales catalanes respecto al nacionalismo.

Justamente en los días de 1981, con ocasión del manifiesto de los 2300 –impulsado por Jiménez Losantos y Amando de Miguel, entre otros–, me encontré con un artículo de Carlos Barral, el editor emblemático de la literatura catalana y también de la edición barcelonesa, en el que respondía de una manera muy violenta a los firmantes del manifiesto de los 2300. Barral utilizaba argumentos que hoy tildaríamos de antidemocráticos, radicalmente etnicistas. Por ejemplo, sostenía que la superior legitimidad que él tenía para hablar de este asunto se la daban sus ocho apellidos catalanes, y que naturalmente él había sido un escritor en lengua castellana por la fuerza de las armas. A partir de entonces, fui consultando algunos otros de la época, de Jaime Gil de Biedma, de Oriol Bohigas y de algún Goytisolo, y me di cuenta de algo bastante sensacional, y es que toda la actividad de la izquierda castellanizada en Cataluña tenía dos características: la primera es que la inmensa mayoría eran hijos de vencedores de la Guerra Civil, es decir, sus padres disfrutaron del triunfo del general Franco; eran, naturalmente, como decía Barral, catalanes de muchas generaciones y habían defendido de manera muy virulenta la necesidad de que Cataluña fuera reconocida como una nación. Utilizaban o no ese término, pero, en cualquier caso, su actitud estaba clara. Por eso, si se juntan todos esos intelectuales más o menos castellanizados y la enorme e importantísima excepción de Manuel Vázquez Montalbán, hijo de un vencido pero practicante acérrimo de la integración y la sumisión cultural a los valores del nacionalismo, se explican algunos antecedentes de interés en la actual relación de la izquierda con el nacionalismo. Llama la atención que todos esos intelectuales no habían incorporado a su ideario político-cultural la posibilidad de una España «positiva». Para ellos España era la opresión, el franquismo, la imposición sobre los valores ancestrales catalanes.

Ellos mismos desmienten el tópico de que la Guerra Civil fuera una guerra entre Cataluña y España, y por tanto una guerra entre

territorios. Bastaba con volver la vista hacia sus padres. Sus padres eran catalanes y habían luchado del lado de Franco. Sin embargo, en su actitud, no había nada más que una sutil voluntad de esconder a los padres y procurarse un buen pasado. Si esa gente que naturalmente escribía, editaba y hablaba en castellano no podía ser el referente intelectual y moral de quienes en número cercano a los tres millones –la mayor emigración en tiempos de paz de la historia europea– habían llegado a Cataluña, se explica perfectamente el desguarnecimiento de los inmigrantes, situados ante la opción de convertirse en charnegos agradecidos o de extinguirse desde el punto de vista de la visibilidad social o política.

JON JUARISTI

Ciertamente, existe una diferencia, pero creo que se va desvaneciendo. En estos momentos, después de las últimas elecciones autonómicas la situación en el País Vasco se está catalanizando a través del Partido Socialista de Euskadi. Me gustaría marcar las diferencias históricas existentes, aunque tienen sobre todo que ver con los intelectuales catalanes.

¿Qué sucede en el País Vasco de la posguerra? Manteniéndose la voluntad de diferencia nacionalista con respecto a España, referente negativo de la identidad nacionalista, los contenidos se invierten. Sabino Arana no era un intelectual, era un grafómano que escribió mucho, algo muy característico de los tradicionalistas del siglo XIX. Había intelectuales en el sentido francés de la palabra «intelectual», que comienza a extenderse como sustantivo en torno al asunto Dreyfus en la Francia de 1895, cuando Sabino Arana funda su Partido Vasco Amante de Dios y de las Leyes Viejas. Pero Sabino Arana era simplemente un reaccionario, no un intelectual. Los intelectuales vascos eran Unamuno, Maeztu o Baroja, entre otros.

¿Por qué Sabino Arana afirma la existencia de una patria vasca, de una identidad vasca que no es España? Hay una cosa curiosa que él mismo cuenta en algunos de sus textos autobiográficos: hasta los 16 ó 17 años era un patriota, lo que pasa es que estaba equivocado de patria; era un patriota obviamente español, porque era hijo de un señor que había perdido su fortuna luchando por Dios, por la patria española y por el rey. Era hijo de un carlista, así como muchos nacio-

nalistas de las dos últimas generaciones. Ahora bien, Sabino Arana cuenta algo que forma parte de su mito personal: que a sus 17 años, paseando por el jardín con su hermano, éste le reveló que su verdadera patria no era España sino Vizcaya. Hay una carta de un futuro diputado carlista guipuzcoano, Juan de Olazábal y Ramery, que había sido compañero de Sabino Arana en el colegio de los jesuitas de Orduña, fechada en 1888 y dirigida a una tercera persona, en la que relata un encuentro con Sabino Arana y explica que éste estaba preocupado por las consecuencias de la escisión de los integristas; pero al año siguiente Sabino Arana se definía como integrista sin ningún problema. ¿Qué ocurre con el integrismo? El integrismo es una escisión del partido carlista que rompe con la lealtad a la dinastía proscrita, que subraya el componente religioso de la ideología política. Los integristas, agrupados en torno al periódico de Nocedal, *El siglo futuro*, publican en 1888 el Manifiesto de Burgos, donde exponen su programa político: el reinado del Sagrado Corazón de Jesús, la restitución de los Estados Pontificios y algunas otras cosas. Pero no tienen una política nacional. Es decir, no hay ninguna política para España, pero sí existe mucha política regional y local. Los integristas descubren la importancia de la patria de campanario porque no les queda otra patria.

Lo que sucede es que al suprimir al rey del viejo lema tradicionalista –lo que Nocedal pensaba que era uno más de los términos del lema «Dios, patria y rey»– se quedan sin patria, porque realmente el tradicionalismo sólo tiene dos elementos en el lema: Dios, por un lado, y patria y rey, que son lo mismo, por otro. El lema refleja la alianza del altar y el trono. La patria es la dinastía legítima y el conjunto de obligaciones que han contraído los naturales de un reino con la dinastía legítima. Al eliminar al rey se quedan sin poder explicar lo que es España; entonces buscan una patria sustitutiva. España no puede serlo porque se ha convertido en un Estado-nación liberal con una dinastía liberal al frente.

Entonces, ¿cuál es la patria? Para los carlistas está muy claro, la patria sigue siendo la dinastía proscrita, y siguen fieles a ella porque ella es España. Por supuesto, están contra la España liberal, pero se sienten más españoles que los liberales porque siguen siendo fieles al rey. Sin embargo, si quitamos al rey ya no hay patria a la que ser leales.

En este sentido, en el siglo XIX hay dos vidas paralelas que a mí me gusta poner en relación: una es la del canónigo mallorquín Antonio

Alcover y la otra es la de Sabino Arana. Son personas de exactamente la misma edad, ambos nacen en familias carlistas; Alcover es hijo de un masovero carlista de Manacor, y Sabino Arana es hijo de un pequeño hidalgo de los alrededores de Bilbao. Los dos secundan la tradición integrista del carlismo y se distancian del integrismo por la vía nacionalista. Pero lo más interesante son los dos lemas que respectivamente se imponen como consigna de su vida. Sabino Arana se impone el lema que luego será el nombre de su partido: «Dios y la ley vieja», es decir, Dios y los fueros que acababan de ser abolidos en 1876. En Cataluña los fueros habían sido abolidos mucho antes, con el Decreto de Nueva Planta, y Antonio Alcover se impone el lema «Dios y la lengua vieja». Es decir, «la ley vieja» y «la lengua vieja» pasan a identificarse con la patria. Ambos rechazan a España porque España es liberal y se ha vuelto algo incomprensible para ellos, también porque han perdido la referencia dinástica. Así, Sabino Arana inicia una aventura enloquecida y nacionalista por su cuenta, y Antonio Alcover se suma a la que habían puesto en marcha ya los nacionalistas con las Bases de Manresa. De hecho, Alcover estará unido al nacionalismo prácticamente hasta 1923, cuando puede más en él el terror ultraconservador a la revolución y se echa en brazos de los primorrriveristas y de la Diputación del Directorio, que le va a pagar el diccionario y a conseguir que el Rey le nombre académico de la RAE. Probablemente éste habría sido también el destino de Sabino Arana si hubiera vivido hasta entonces, ante el desorden y el peligro de la revolución y la bolchevización de la izquierda.

¿Qué sucede durante el franquismo? El País Vasco no tuvo un plantel tan brillante de intelectuales literarios como Cataluña. Hubo algunos que escribían en castellano, como Blas de Otero y Gabriel Celaya, pero éstos tomaron una decisión muy recomendable para todos los que querían funcionar con una cierta libertad: irse del País Vasco. Lo que sí hubo fue un conjunto de intelectuales literarios nacionalistas: Federico Krutwig, Gabriel Aresti, Txillardegi, etc., que eran hijos de vencedores de la Guerra Civil, exactamente igual que en Cataluña. Y ellos rechazan también a España porque se ha vuelto una España de derechas, autoritaria, católica, y donde dominan los valores tradicionales, que eran a los que estaban apegados Sabino Arana y Antonio Alcover. Los contenidos del nacionalismo vasco cambian totalmente con respecto al nacionalismo de anteguerra, pero sí se mantiene la

voluntad de diferenciarse, de marcar claramente una identidad que no es más que una frontera, que no tiene un contenido sustantivo o que puede tenerlos muy distintos, lo importante es que la frontera se mantenga, porque en el fondo la única identidad nacionalista es la negación de la identidad nacional española. El proceso, por tanto, tiene algunas coincidencias con el catalán pero es distinto.

Me interesa decir algo con respecto a la inmigración de los años sesenta. Creo que en esa época se mantiene incluso en el interior del nacionalismo vasco esa dicotomía entre una dirección conservadora, a mi parecer cauta respecto del empleo de un lenguaje político moderno que incluyera conceptos como nación y nacionalidad. El único que lo hizo de forma habitual fue Javier de Landáburu, que tendió un puente entre el nacionalismo vasco y la democracia cristiana. En la década de los sesenta, cuando llega la gran oleada migratoria al País Vasco y a Cataluña, las regiones industriales, y cuando todo el ahorro español se invierte a través de las cajas de ahorro y de los bancos en las regiones industrializadas, es cuando las clases medias nacionalistas, o lo que quedaba de ellas, creen estar viviendo su momento de esplendor y mayor prosperidad de toda la historia. Les interesa prolongar ese momento todo lo que sea posible, pero para eso no se puede tolerar que el franquismo evolucione, o simplemente desaparezca y sea remplazado por una democracia. La única posibilidad de conseguir algo así es hacer involucionar al franquismo. Y el PNV no puede obligar a involucionar al franquismo de los años sesenta. El nacionalismo vasco, en su conjunto, necesitaba una organización nueva que pudiera desarrollar una lucha violenta contra el franquismo y que además fuera capaz de integrar con unos nuevos criterios de identificación étnica a esa inmigración que ha llegado al País Vasco, y así nació ETA. ETA no surge para acelerar la caída del franquismo sino para prolongarlo todo lo posible, y para movilizar a gran parte de esa inmigración contra el franquismo y poder seguir teniendo carne de cañón contra éste. Y para mantener así esa situación en la que no había ni reparto equitativo territorial de la renta ni nada por el estilo, para que siguiera fluyendo dinero hacia las regiones industrializadas, el País Vasco y Cataluña.

En definitiva, creo que ésa es una característica muy específica del nacionalismo vasco. Nunca existió en el nacionalismo vasco de los años sesenta un horizonte de cambio político.

ARCADI ESPADA

Uno de los tópicos –y de hecho el programa al que se acogen los intelectuales– es, naturalmente, el programa planteado por el PSUC, el partido comunista catalán, cuya vértebra identitaria es la de evitar la creación de dos comunidades en Cataluña; es decir, la fragmentación de lo que llamaban entonces la clase obrera. La lucha del PSUC contra esa posible desintegración catalana ha sido uno de los tópicos más obstinados de la cultura política de Cataluña. Obviamente, creo que eso se ha conseguido, no hay ninguna ruptura social en Cataluña, y el precio ha sido la desaparición del imaginario español.

MODERADOR

Lo de las dos comunidades apareció también en el País Vasco y terminó convirtiéndose en una grandísima coartada. La última observación de Jon Juaristi sobre los caracteres me ha recordado las famosas declaraciones de Arzallus en las que comentaba que en otros lugares la gente resuelve los problemas hablando, pero que a nuestro carácter le van las pistolas ¹.

JON JUARISTI

El PNV no hace oposición. A partir de los sesenta encomienda la construcción simbólica de la nueva comunidad nacionalista y la lucha contra el franquismo a ETA.

MODERADOR

Hay tópicos sobre los que va pereciendo la ciudadanía, como son que el pueblo vasco es pacífico, cuando sale a una media de una guerra

¹ Referencia a las declaraciones efectuadas por X. Arzallus al semanario austriaco *Profil* en el año 2000: «Uno no se imagina a un catalán con un arma en la mano. A un vasco, sí. Esto no es bueno, pero es así. Es una cuestión de carácter».

civil cada siglo sin contar con ETA, el tópico de las dos comunidades, etc. Asimismo, va pereciendo también la Constitución, porque, desde luego, se sabe muy bien lo que significa la Constitución, incluido su artículo 2, precisamente en este lugar de España donde ha sido maltrata y donde ha sido más difícil su aplicación.

Empezamos ahora el coloquio de preguntas u observaciones.

Pregunta 1

Gracias. Me parece que al entrar en el problema de la nación o del pueblo vasco, o del derecho de autodeterminación del pueblo vasco, y al ver la historia de estos dos conceptos y perder de vista el elemento central al que están encaminados los dos, nos podemos perder y no entender qué es lo que verdaderamente importa hoy día en este país. En las dos tradiciones, sea por una razón u otra, todo está girando en torno a la soberanía, que tanto en el nacionalismo catalán como en el vasco cuestiona la Constitución. Como ha dicho Arcadi Espada, se pretende hacer saltar el pacto constitucional por los aires. Ante eso yo me hago dos preguntas: una de carácter normativo: ¿qué razones hay para hacer saltar el pacto constitucional?; y la segunda de carácter fáctico: ¿a dónde vamos entonces?

ARCADI ESPADA

Para ser sincero, yo no lo sé. Hay muchos tópicos en circulación y yo me puedo adherir a cualquiera de ellos. Por ejemplo al de las elites políticas locales que necesitan mover la bicicleta porque si no se cae. No conozco la razón por la cual la izquierda en Cataluña hoy gobernante, pero ayer el nacionalismo conservador apoyado a veces por el PP, se embarcó a su vez en ese desarrollo. Existe, efectivamente, la posibilidad de que usted entienda que ese tópico de las elites políticas locales funciona; o de que entienda que en realidad a unos y a otros les mueve la consecución de un Estado independiente y, por tanto, todo debe entenderse en esa especie de gradualismo tendente hacia un Eldorado finalmente asumible. Pero la verdad es que hablando con ellos tampoco da la impresión de que tengan una gran fe en ese

Eldorado. Por lo tanto, creo que el cuestionamiento del pacto constitucional español se basa en una ambigüedad y una complejidad que suscribiríamos la mayoría de los españoles. Y no interesa tocarlo. Nadie entiende el porqué de esa operación política contra ese pacto que ha dado lugar a una gran época de libertad y modernidad en España y más especialmente en Cataluña. En cualquier caso, me parece una operación política bárbara.

Pregunta 2

Me pregunto si es posible que se trate de que algo cambie para que todo siga igual y si realmente los nacionalismos en Cataluña y el País Vasco están tratando de que esa situación tácita de privilegio que han conseguido con la Constitución permanezca; es decir, si el problema es la existencia de un horizonte que tiene visos de amenaza para los nacionalismos. Pienso en el nacionalismo vasco, un nacionalismo que ha conseguido, por ejemplo, hacer una política fiscal absolutamente discrecional que no ha sido contestada nunca en España pero sí en la Unión Europea. Me pregunto si realmente no pretenden montar un gran lío, como en los años sesenta, para garantizar que la situación de privilegio va a ser respetada al menos en el País Vasco.

JON JUARISTI

No creo que debamos considerar ni siquiera como hipótesis que lo que está ocurriendo ahora está cuidadosamente planificado y que es el producto de una conspiración en la que han intervenido los nacionalismos vasco y catalán y la izquierda. En mi opinión todo esto es producto de una coyuntura donde efectivamente coinciden en estos momentos unas fórmulas de tripartitos y pactos autonómicos, etc. Pero, en el caso del nacionalismo vasco, pienso que la solidaridad con el nacionalismo catalán es sólo aparente, muy superficial y que realmente no ha existido nunca nada parecido a una acción concertada. Hay algo muy interesante: cuando los Presidentes de las Comunidades Autónomas se reúnen con Zapatero en el Senado, Ibarreche se apresura a aclarar que está muy bien el multilateralismo aplicado a la

planta política del país pero que no le interesa, que lo fundamental para él es la relación bilateral de Euskadi con el conjunto de España.

ARCADI ESPADA

Estoy de acuerdo con Jon en que no creo que exista una conspiración. Pero sí creo que en estos 23 años de política democrática en España la descentralización administrativa y política ha dado como resultado algo que para los nacionalistas no es demasiado deseable, y creo que es esa reducción del diferencial con España. Una de las cosas más patéticas del nacionalismo catalán es que ahora se propone, todavía como en los tiempos de Cambó, como locomotora de España. A mí me da la impresión de que el hecho diferencial catalán, por lo que respecta a su sanidad, su enseñanza, sus infraestructuras, aun siendo perceptible es infinitamente menor que en tiempos de la Restauración. Y en ese sentido, podría entenderse la reacción nacionalista como una reacción ante aquello que va disminuyendo. La reivindicación de la asimetría no es nada más que un intento frustrado de establecer esas diferencias que en la realidad ya no se producen.

Pregunta 3

Gracias a los dos ponentes por su exposición. Yo soy catalana, y además con cargo público en el PP en Cataluña, y hoy he tenido una extraña sensación, porque cuando estás en Cataluña percibes esa sensación de exclusión, y fuera de Cataluña, al escuchar las críticas a la política que se desempeña allí, una se siente un poco mal. Pero lo más grave es que generaliza una idea de los catalanes que no se corresponde con la realidad; de hecho, Arcadi Espada ha dicho que al 80% de los catalanes no les interesa el Estatuto ni el debate nacionalista. Por tanto, creo que de ahí se deduce un claro divorcio entre lo que es el interés general de la sociedad catalana y lo que realmente transmiten los políticos a través de una serie de medios muy bien utilizados hasta ahora, como la actuación pedagógica que se ha tenido en la educación, que ha creado una generación inconformista con el sistema establecido, a través de los medios de comunicación en donde

permanentemente se tratan temas sobre la memoria histórica y la gran opresión que ha vivido Cataluña y también sobre la batalla por respetar el significado de las palabras. Nosotros, viendo las noticias, no sabemos si vivimos en un *principado*, en *los países catalanes*, en el *Estado catalán* o en *la Nación catalana*, cuando jamás se utiliza el término que le corresponde: la Comunidad Autónoma de Cataluña.

En la situación en que vivimos actualmente en Cataluña, han empezado a surgir una especie de movimientos inconformistas con el destino que se nos plantea, pero aun así no vemos que eso se pueda canalizar por la vía política porque continúan estando muy silenciados, y el PP ha intentado canalizarlos con el sistema establecido y nos ha costado muchísimo, al menos no hemos visto receptividad. Como Arcadi Espada es uno de los firmantes del manifiesto de Cataluña, me gustaría que me dijera cómo se pueden canalizar esas expresiones de inconformismo para presentar realmente batalla a este desafío nacionalista con objetivos independentistas.

ARCADI ESPADA

Conozco muy bien ese sentimiento al que usted alude. Cuando hablaba antes de la nación como intimidación..., yo creo que ése es un concepto que puso en marcha CiU y que ha rematado la izquierda en Cataluña, y del cual los miembros del PP han sido las principales víctimas. Así, cuando acuden a un determinado plató de televisión o a una determinada universidad padecen esa intimidación de las reglas del juego, como si estuviesen extramuros del sistema. Comprendo entonces bien la política que algunos de sus líderes han llevado en Cataluña, una línea que podría simbolizar Jorge Fernández Díaz y de la cual es hoy representante Piqué, que es una especie de demanda de integración en el seno de la sociedad política y la cultura catalana. Comprendo que no quieran luchar para no verse extramuros de esa realidad en que se mueve la política en Cataluña, pero a mí modo de ver esas actitudes no dan al final ningún resultado.

Es verdad que el PP vivió una época desacomplejado en ese sentido, y un hombre brillante, uno de los buenos escritores políticos que ha habido en Cataluña, Alejo Vidal-Quadras, llevó una actividad fun-

damentalmente desacomplejada e incluso teñida de humor y sarcasmo, y a mí me parece que está en la base de la actividad política que debería llevar a cabo el PP en Cataluña. Es decir, nadie tiene por qué conceder estatutos de ciudadanía política, y el nacionalismo es muy aficionado tácita o explícitamente a concederlos.

En cuanto al manifiesto de los intelectuales, creo que responde a una fatiga perceptible. Pienso que Cataluña es una sociedad donde vive mucha gente, y ese aspecto demográfico es una diferencia radical con el caso vasco. En Cataluña hay un apreciable mar de fondo respecto a la necesidad de acabar con el achique de espacios nacionalista. Es decir, en Cataluña hay gente que quiere acabar con esta murga.

Por cierto, esa tensión nacionalista tiene riesgos. Por ejemplo, yo creo que en Cataluña empieza a manifestarse un riesgo económico claro derivado de la antipatía que algunos proyectos catalanes están generando en España. A mí no me preocupó, por ejemplo, el boicot al cava catalán de las pasadas Navidades como respuesta al boicot de Carod Rovira a Madrid, pero lo que sí me resultó sorprendente fue oír decir hace un mes al presidente de la patronal del cava que las ventas no se habían recuperado todavía. Seguramente muchas personas en Cataluña son conscientes de que España es sobre todo un buen negocio, más allá de los sentimientos. Y creo que en ese hartazgo general están los empresarios, los intelectuales y la ciudadanía, que no quiere perder el referente español porque más allá de los sentimientos le procura unos beneficios tangibles.

Pregunta 4

Esta mañana la profesora Carmen Iglesias hablaba de que la negación de España como nación, la desvertebración de España, es consecuencia de lo que ella llama el péndulo franquista, de que estos 25 años de democracia son una reacción a lo que ocurrió durante el franquismo, y una de las consecuencias de este péndulo es el desconocimiento de la Historia de España. Y eso se ha producido por la desvertebración de la educación, algo que ocurre en Cataluña y en el País Vasco. Es decir, no conocemos nuestra historia común. Esta situación ha provocado que una generación completa sea *nacionista*, como ella

la calificaba, egoísta frente al interés común de España. Me gustaría que ustedes, como catalán y vasco hicieran una valoración de esta situación. Con este panorama, ¿cómo se plantea el futuro social y político en Cataluña y el País Vasco? Gracias.

JON JUARISTI

El desmantelamiento general del pensamiento histórico y la imposibilidad de la transmisión del saber en las instituciones de enseñanza no es algo que se limite al País Vasco y a Cataluña, sino que es un fenómeno general en España. Hacía cinco años que yo no pasaba por la universidad porque he estado en sucesivos cargos políticos en la última legislatura de Aznar, y el regreso a una universidad pública ha sido terrible. He podido constatar que el nivel de los chicos del quinto año de licenciatura equivale a lo que hace cinco años tenía el que entraba en primero. Por tanto, y creo que esto progresa, se están desmantelando los contenidos de la enseñanza. La enseñanza es cada vez más formal, sirve cada vez más de pretexto para la construcción de una lengua de madera por parte de los especialistas. En mi opinión la situación es realmente espantosa. A los especialistas en reformas pedagógicas que vivaqueaban dentro de la universidad hace cinco o seis años les permitíamos existir porque se dedicaban a machacar únicamente a la enseñanza secundaria, pero al regreso a la universidad he visto con horror que ya nos están machacando a nosotros. Así, uno recibe unos panfletos absolutamente incomprensibles que parecen escritos por una escisión pablista de la IV Internacional en el año 1972 y resulta que han emanado del Instituto de Ciencias de la Comunicación de tu propia universidad.

En el caso del País Vasco, yo creo que ha habido una enseñanza dirigida por las consejerías nacionalistas y también, en otros momentos, por las consejerías socialistas, y a pesar de algunos de estos consejeros socialistas, como José Ramón Recalde o Fernando Buesa, que contribuyeron también a la instauración del modelo nacionalista de enseñanza, un modelo destructivo que crea un nuevo tipo de ciudadano fundamentalmente desinformado y que, con el pretexto de conservar la memoria histórica de la opresión del franquismo, se ha cargado la Historia. Se ha producido una especie de sacralización de la

Cuadernos de pensamiento político

memoria que ha ocupado el lugar de la Historia pero que ya no está a cargo de los enseñantes, sino de los propios partidos políticos, que crean sus propias memorias. Toda esta situación contribuye a que opciones neototalitarias estén ya introduciéndose en el campo de la enseñanza, y favorece, por tanto, a determinadas formas de nacionalismo. Por ejemplo, creo que Ibarreche es bastante diferente a Arzallus, en ese sentido. Él mismo no ha estudiado ni conocido nada de la historia del País Vasco dentro del contexto de España.

En general, en estos momentos yo no establecería una distinción absoluta entre la política de una Consejería de Educación en manos de nacionalistas y un Ministerio de Educación en manos de la izquierda. Hubo un intento de superar esa situación en la época en que Esperanza Aguirre fue ministra de Educación. Intentamos hacer algo distinto lo que trabajábamos con ella en esos momentos, pero, obviamente, no, el proyecto no salió adelante porque se piensa que la democratización de la enseñanza supone un vaciamiento de los contenidos de la enseñanza, y la sustitución de la enseñanza por la educación. Ambos padres trabajan y ya no tienen tiempo para educar a los hijos, y el catedrático de la universidad tiene que ocuparse de educar al muchacho y de evitarle traumas. A sus 25 años hay que aprobarle para que no fracase en la vida.

ARCADI ESPADA

De todos modos hay peculiaridades. Por ejemplo, yo puedo dar cuenta de una de las primeras iniciativas del Gobierno tripartito catalán de la que se ha encargado el dirigente de Iniciativa per Catalunya y miembro cualificado del Gobierno. Ha sido la creación de un llamado «memorial democrático» que va a representar en Cataluña sólo a los vencidos de la Guerra Civil. Por eso, el problema fundamental del nacionalismo es la naturalidad con que fluye. El problema siempre es previo, porque el nacionalismo es un asunto prepolítico, y ya no se puede discutir cuando uno formula esto. El problema es por qué esto se puede plantear y por qué lo puede plantear un Gobierno. Éste es un ejemplo claro, institucional, moderno, izquierdista de lo que supone uno de los traumas graves para que la izquierda se renueve: es el hecho de que están convencidos de que van a ganar la Guerra Civil.

Pregunta 5

Soy de Cataluña, y también tengo un cargo institucional del PP en esta comunidad. Quisiera centrarme en dos asuntos que se han destacado: por un lado, en el término «nación catalana», y luego, en el comentario acerca de la participación del PP en la ponencia del Estatuto. Voy a intentar argumentar sobre los motivos que nos han llevado a hacerlo.

Todo el mundo habla de nación catalana, pero a la hora de definirla se definen cuatro elementos de los que pueden constituir una nación, pero siempre poniendo el acento en qué es la identidad colectiva, y especialmente en lo que es una comunidad homogénea y lo más vinculada posible a una sociedad que quieren que sea poco permeable. En este sentido, nosotros discrepamos profundamente porque entendemos además que está bien definido tanto en la Constitución como en el Estatuto actual lo que es nación. Pero esto nos ha llevado a participar en la ponencia del Estatuto, porque más allá de que nosotros entendiéramos que era conveniente o no modificarlo, entendíamos que, teniendo en cuenta que el actual Estatuto todavía no está desarrollado en su integridad pero ya que se planteó el debate, teníamos que formar parte de la ponencia, dado que se están produciendo debates interesantes que luego nos van a afectar a todos, un debate del marco de Cataluña y también un debate institucional al que es necesario acudir aunque solamente sea para fijar posición, acordar lo necesario y luego discrepar en lo que creemos preciso.

Ahora bien, siempre hemos dicho algo respecto a abrir el debate del pacto constitucional. Es verdad que hay un interés en abrir el debate porque se está cuestionando el mismo pacto constitucional desde el momento en que se dice que había unas circunstancias en 1978 por las que probablemente no se podía fijar un marco definitivo. Nosotros no estamos de acuerdo con eso y creemos que tenemos un modelo de Estado que evidentemente es perfectible pero que en absoluto hay que cuestionar en esencia. Y por eso creemos que debemos estar en los foros y debates fijando el posicionamiento del partido. Eso no quiere decir que nos hayamos entregado a una determinada línea, sino que fijamos nuestra posición en cada uno de los ámbitos que se tratan en el Estatuto. En mi opinión, a lo largo de este año se ha hecho un buen trabajo, y naturalmente tendremos que terminarlo en función de los términos en los que se vaya a aprobar.

Por otro lado, se han comentado los conceptos de nación y nacionalismo. Éste es un gran problema y es ahí donde radica también el problema de Cataluña, fruto de estos últimos 25 años. Ya que la relación entre nación y nacionalismo ha implicado un intervencionismo absoluto en la sociedad catalana para adaptarla al concepto de sociedad que ellos concebían. Es necesario que se libere la sociedad, porque como se ha comentado, antes teníamos muchísima más fuerza y cada vez se va perdiendo más porque el intervencionismo está ahogando a la sociedad y a la proyección de Cataluña. Como opinión de partido y propia mía, creo que limitar tanto los debates al intervencionismo absoluto por parte de una sociedad consigue ahogarla y hacer que cada vez su proyección futura tenga menos fuerza dentro de España y en Europa.

ARCADI ESPADA

Sinceramente, pienso que ustedes se equivocaron al aceptar el guión establecido por parte de los partidos nacionalistas y la reforma del Estatuto. Creo que cometieron un error y he intentado explicar antes que ese error deriva de esa necesidad casi psicológica de no sentirse extramuros de los foros de debate y de discusión. Sin embargo, creo que Cataluña es uno de los pocos lugares donde el PP puede permitirse el lujo de estar solo. Me da la impresión de que eso que usted ha mencionado es el principal problema de Cataluña, es decir, hay unas reglas y un guión establecidos y todos deben intervenir a riesgo de ser declarado ciudadano no integrante de la comunidad simbólica, no autónoma, catalana. En mi opinión, podrían haberse permitido el lujo de rechazar su intervención en la redacción del Estatuto. Es más, hubieran coincidido, como usted bien sabe, con la mayoría abrumadora de los catalanes, que en una encuesta de hace exactamente dos semanas, situaban en último lugar la reforma del Estatuto dentro de las preocupaciones de la ciudadanía. ¿Por qué no participar en la reforma del Estatuto no es una decisión política? ¿Por qué es casi una decisión patriótica? ¿Por qué desde fuera de la sociedad política se puede decir que es un error y no se puede decir desde dentro? Cuando, además, parece que ese criterio es compartido por la mayoría de los catalanes.

Pregunta 6

Una de las líneas de actuación que más he admirado en los Gobiernos que ha presidido José María Aznar ha sido la firmeza con que se ha actuado frente a la actividad terrorista. Me parece que es una de las líneas más sólidas. Por eso, en el momento en que se empezó a plantear este tipo de actuación, se suscitaron muchos debates sobre si eso iba a provocar gravísimos disturbios en no sé dónde y que eso iba a provocar una guerra civil en no sé qué sitio. Y resulta que se actuó de una forma firme, con todo el apoyo de la ley, y lo que se provocó fue algo tan sencillo como que en el País Vasco el terrorismo callejero se redujo hasta unos mínimos bastante razonables. Ahora se ve que se revierte la situación y que se cae otra vez en el error de pensar que como esto ya no es terrorismo callejero se puede actuar; y se incrementan estas actuaciones considerablemente durante las últimas semanas y los últimos meses. Quiero decir con esto que cosas que pueden parecer muy alejadas del debate político, porque son impensables, cuando se hacen, si es algo razonable, no pasa nada. ¿Qué es esta historia de que el Gobierno central tiene que estar en las negociaciones con las Comunidades Autónomas cediendo y cediendo? Eso sólo consigue alimentar las pretensiones nacionalistas de los Gobiernos en los que existe este elemento nacionalista importante y luego se va difundiendo a otros Gobiernos de las Comunidades Autónomas que ni siquiera tienen un componente nacionalista. En vez de seguir esta política sería mejor responder de otra manera. Por ejemplo, en Álava un partido se presentó a las elecciones con el único motivo de separarse de la Comunidad Autónoma del País Vasco. Fue el partido más votado de Vitoria. Es decir, me parece que existe una posibilidad para lanzar este debate al Gobierno Vasco y decirle que como parte de una decisión libre de los alaveses y utilizando el artículo 143 de la Constitución, se puede plantear la constitución de la Comunidad Autónoma de Álava, por ejemplo, dentro de lo que es ahora el País Vasco. No digo que esto sea positivo o negativo, pero si se hace, daría una pequeña preocupación a los Gobiernos nacionalistas: «a lo mejor no solamente es que yo tengo que pedir sino que aquello que he pedido y que he considerado sólido me lo pueden quitar». Es que parece que los Gobiernos centrales nunca se han planteado algo de este tipo. ¿Qué opina la mesa con respecto a esto?

JON JUARISTI

Los Gobiernos centrales no tienen por qué entrar al trapo por culpa de las reclamaciones nacionalistas para negociar reformas de estatutos. Yo creo que uno de los aspectos más preocupantes de la coyuntura presente es que no tenemos enfrente una izquierda clásica, una socialdemocracia clásica. La socialdemocracia clásica desaparece en los noventa y es sustituida en el caso de España y de otros países europeos también por una socialdemocracia islamizada. Islamizada al menos en un sentido, porque asume como algo instrumental ese concepto islámico de la «taquiya», es decir, que lo que se ha pactado en un momento bajo unas condiciones determinadas, en condiciones distintas puede ser denunciado y se puede subvertir la situación. Esto, aplicado al pacto constitucional es muy claro. El tópico de que se pactó la Constitución bajo una presión muy clara de los poderes fácticos no lo han puesto en circulación los nacionalismos sino que es un argumento de la izquierda, de la izquierda socialdemócrata. La primera vez que lo vi por escrito claramente, aunque obviamente la extrema izquierda lo había estado diciendo siempre, fue a finales de la primera legislatura del Partido Popular. Los primeros textos claros sobre esto datan de los años 95 y 96. Por tanto, estamos ante una izquierda terriblemente desleal en cuanto a los pactos que asume. Los asume siempre con una reserva de conciencia importante, de la misma forma que el islamista asume un pacto diciendo algo así: «bueno, en cuanto las condiciones sean mejores, haré como el profeta y me cargaré a los mecenos (a los de la Meca)». La cuestión de Álava es un tema tentador, lo reconozco. Lo que dudo es que sirva para algo. Es decir, digamos que conseguimos separar Álava de Euskadi, entonces tendríamos un territorio irredento para el nacionalismo, como Navarra, y algo que preludiaría conflictos posteriores graves. Y tendríamos una autonomía residual (Euskadi) o dos autonomías residuales (Vizcaya y Guipúzcoa) radicalizadas. Yo he oído decir al Presidente Aznar que es preferible tener una autonomía tomada por los nacionalistas y radicalizada que tener dos o tres en la misma situación. Creo que tenía bastante razón en ese sentido. Y hay otro problema. Es cierto que en la Diputación de Álava el Partido Popular está muy acosado, y también en el Ayuntamiento. Pero no vamos a idealizar Álava. Podemos caer en la tentación de idealizar Álava cuando Guipúzcoa y Vizcaya están como están. Pero Álava

tampoco es el País de las Maravillas. Yo tengo mis dudas de que eso sea una situación estable. Álava no es Navarra. En Navarra hay un partido regionalista muy foralista que gobierna, también acosado, pero con más visos de estabilidad. Y eso se debe a que en Navarra existe todavía una noción clara de lo que era el sistema foral. Existe una confianza muy extendida en las instituciones forales navarras. El proceso en el caso de la Comunidad Autónoma Vasca ha sido distinto. Yo me temo que esa memoria foral que existía en la Comunidad Autónoma Vasca ha desaparecido, por supuesto de una forma absoluta o casi absoluta en Vizcaya y en Guipúzcoa, y ha mermado mucho en Álava. En Álava y en Navarra hubo una cierta continuidad de la institución foral a lo largo del franquismo. Es decir, no desapareció por completo. Pero la inclusión de Álava en la Comunidad Autónoma Vasca y la subordinación del sistema foral alavés al sistema comunitario, ha tenido unos efectos deletéreos. Además, a pesar de ser muy pequeña, la sociedad alavesa ha cambiado mucho. De todas formas, yo no he oído por parte de los cargohabientes del Partido Popular en la Diputación de Álava o en el Ayuntamiento una denuncia del plan Ibarreche como plan absolutamente jacobino y antiforal. Nuestro moderador, también vasco, viene de una tradición más liberal y foral que la mía, pero a cualquiera de nuestra edad que haya vivido en el País Vasco en un medio de clase media estable, con una memoria familiar de la foralidad, lo que más le sorprende del plan Ibarreche es que se carga cualquier residuo de foralidad que pueda quedar en el País Vasco. Es peor que la ley abolitoria de los fueros.

Pregunta 7

La idea no era que Álava se convirtiera en otra Comunidad Autónoma, sino simplemente lanzarlo para tener entretenidos a los otros en la discusión durante veinte años.

JON JUARISTI

No, es que no puedes hacerlo. Los vascos sólo han inventado dos artefactos con proyección mundial: la Compañía de Jesús y el mus.

Cuadernos de pensamiento político

Saben jugar al mus mejor que tú y que yo, eso te lo aseguro. Es decir, tú no puedes decir de farol que te vas a separar cuando ellos saben que no te vas a separar. Es peor, ¿no?

Pregunta 8

Desde mi punto de vista, buena culpa de la efervescencia de los nacionalismos viene de mano de los partidos políticos y de su presencia en los medios de comunicación, una presencia que no tendría lugar si no tuvieran su importancia dentro del Parlamento nacional. Me gustaría preguntar si esto podría deberse al sistema electoral que tenemos. Es decir, si tuviéramos un sistema mayoritario, ¿esto podría mejorar la situación actual? Gracias.

ARCADI ESPADA

Sí, pero rompería el pacto constitucional, una de cuyas bases –y recuerdo muy bien esas discusiones porque llegué a convertirme en un experto en los sistemas proporcionales d’Hondt, como el nuestro, y en muchos otros– fue justamente que los nacionalistas tenían que tener una representación que en algunos momentos pudiera ejercer de llave, como usted sugiere. Pero es curioso, porque en Cataluña ahora se debate la ley electoral, porque, efectivamente, en esta Comunidad la proporcionalidad es mucho menor, el sistema electoral catalán es mucho más antidemocrático que el conjunto del sistema electoral español. Y una de las dejaciones sorprendentes respecto a la que había sido una de sus reivindicaciones históricas –la redacción de una ley electoral catalana que de alguna forma corrigiera los desequilibrios claramente antidemocráticos de la aplicación de la ley española a Cataluña, que es lo que se está haciendo en estos momentos–, ha quedado prácticamente fuera de las perspectivas de reforma del Gobierno tripartito, porque Esquerra se opone radicalmente a cualquier reforma que equipare los votos industriales con los votos urbanos. Eso sucede en Cataluña.

JON JUARISTI

Por lo que yo conozco, esa ley sería de justicia democrática, pero no me da la impresión de que el sistema proporcional no sea un sistema bastante justo. Como ya sabe, hay dos grandes filosofías políticas en esto: la mayoritaria y la proporcional, y el resto son correcciones. De todas maneras, insisto en que el sistema electoral español es fruto también de la Constitución. Y yo, para el caso del País Vasco, añadiría que el sistema favorece en Vizcaya al Partido Nacionalista Vasco y en Álava favorece el PP. La ventaja del nacionalismo en el conjunto de la Comunidad Autónoma no tiene su causa en el sistema electoral sino en ETA, simplemente. En ETA y en la nación convertida en intimidación por la vía del terrorismo.

Pregunta 9

Para el señor Juaristi. ¿Cómo afecta la imposición de este nacionalismo tan excluyente a la economía vasca?

JON JUARISTI

Si la miramos con cierto relativismo, en comparación con el resto de las Comunidades Autónomas, no está en un nivel muy alto. Es decir, estuvo en momentos mejores. ¿Cómo la afecta? Es difícil contestarlo, porque tendríamos que hacer una hipótesis que a mí me resulta difícil, sobre cómo sería la economía en el País Vasco en el caso de que ETA no existiera. No podemos cuantificar en este momento lo que pierde el País Vasco con la existencia de ETA. Ha habido una sangría humana, una sangría demográfica. Digamos que el País Vasco se ha convertido en un país emisor de emigración, que bombea parte de su población al exterior; sabemos que parte de esa emigración se debe a razones extraeconómicas, por una presión política del nacionalismo. Ha habido empresas del País Vasco que se han trasladado a otras regiones alegando esta razón, pero en términos generales me resulta muy difícil pensar lo que sería el País Vasco sin el nacionalismo. Yo

siempre he dicho que el terrorismo de ETA es un terrorismo de clases medias hecho a beneficio de las clases medias nacionalistas. No se trata de un nacionalismo cuyo objetivo final esté en el reparto equitativo de bienes y valores entre toda la población. Ha permitido la creación de una clase empresarial cooptada desde la Administración sobre la base de unas fidelidades políticas. Cosa que no sé si existe en Cataluña, pero en el País Vasco sí y afecta incluso a empresarios que votan al PP y que se consideran del PP pero que dicen que tienen que hablar con el Diputado General, y que elevar el tono de voz es jugarse un 30% de presión fiscal. Por lo tanto, creo que el nacionalismo afecta a la economía del país. Supongo que en general la afecta negativamente. En estos momentos no es un país que reciba inmigración. Y sobre todo no hay un crecimiento demográfico, y esto es importante. Porque a pesar de que todo parece ir muy bien, es la región de Europa con menos crecimiento demográfico.

ARCADI ESPADA

Algo añadido a la pregunta anterior. Usted se ha referido a los medios de comunicación y su importancia en la deriva nacionalista. A mí me parece que ese asunto está muy poco estudiado, pero que tiene una gran importancia. Yo siempre sostengo que una nación es también un periódico. Y de hecho, el nacimiento de la nación va asociado al nacimiento de la prensa moderna, el nacimiento de la nación moderna. Por eso creo que en España una de las causas del fracaso europeo es la inexistencia de medios de comunicación europeos, que tengan la cosmovisión europea como límite y como radio de actividad, de opinión y de información. En España, una de las causas obvias del desarrollo del nacionalismo periférico e identitario son los medios de comunicación locales. Sin ninguna duda. Es la fragmentación de la gran prensa nacional en suplementos locales. La única esperanza, muy interesante de analizar, es justamente Internet. Yo creo que Internet y la prensa digital rompen las parcelaciones locales tanto desde el punto de vista español como universal. En estos momentos es fácil para cualquier persona mínimamente conocedora del sistema hacerse un diario, y cuando digo un diario, digo un medio general, que responda a localizaciones diversas y que el único interés del que

lo compra, lo lee o lo observa está en lo que dice cada una de las personas, sea de Galicia, sea del País Vasco, de Andalucía o de Madrid. Yo creo que Internet atenta de una manera muy positiva contra la nacionalización de la prensa.

Pregunta 10

Quisiera preguntar a los dos ponentes sobre las causas por las que a principios del siglo XX, la izquierda española, formada por el PSOE y por movimientos republicanos, pasa de ser defensora de la unidad de España y de atacar a los nacionalismos como inventos de una oligarquía local, a convertirse, incluso antes de la Guerra Civil, en justificadora y legitimadora de esos mismos nacionalismos.

JON JUARISTI

Yo creo que no ha habido un solo caso en la historia europea del siglo XX, y en general de la historia mundial, salvo el caso de Polonia, en que la izquierda no haya pactado con los nacionalismos y los haya utilizado como elemento de modernización social, de secularización traumática de aquellas sociedades que le interesaba cambiar. El caso más claro es el de la Unión Soviética. Yugoslavia, que sigue el ejemplo después, es un caso también interesante. Allí los partidos comunistas en el poder absorben e incorporan a las «contraélites» nacionalistas y las utilizan en la construcción de naciones, en el caso de las Repúblicas Soviéticas, por ejemplo, con un fuerte componente nacionalista; el nacionalismo sirve para hacer tabla rasa de la cultura anterior, de las vinculaciones prepolíticas y de las culturas tradicionales, fundamentalmente religiosas. Y es que los nacionalismos han sido siempre un gran agente de secularización compulsiva en las sociedades occidentales desde el siglo XIX, y eso los bolcheviques lo vieron muy claramente. En estos momentos, la alianza de la izquierda con los nacionalismos en España pasa por una instrumentalización de éstos en el mismo sentido, para dejar España como un papel en blanco, sin una sola de las vinculaciones tradicionales existentes, como la religiosa.

ARCADI ESPADA

En el caso catalán de los años treinta, está claro que el nacionalismo y la izquierda se alían para restablecer el orden amenazado por el pistolerismo. No sé si ésta es una peculiaridad catalana, porque no recuerdo otro caso. Pero esto llega hasta la Guerra Civil.

JON JUARISTI

Debo añadir que en el País Vasco la primera alianza se produce entre Prieto y el Partido Nacionalista ya en 1936. Por supuesto, es una alianza que responde a la necesidad inmediata de incorporar al nacionalismo para la defensa de la República. Pero, de hecho, el programa del Partido Comunista en la Segunda República es muy semejante al del Partido Comunista de la Unión Soviética. Es decir, nuestro futuro será lo que a finales de los años sesenta Gabriel Aresti llamaba una alianza entre la democracia cristiana y la III Internacional. En el País Vasco se organiza una alianza entre el Partido Nacionalista Vasco y el Partido Comunista de Euskadi para realizar lo que este último había estado diciendo desde los años treinta: hacer la nación popular, algo que construirían los comunistas en colaboración con los nacionalistas.

ARCADI ESPADA

En el caso catalán esa alianza tiene además un partido, el PSUC, creado en plena Guerra Civil, que es justamente lo que usted dice.

Pregunta 11

A raíz de la Constitución del 78, ¿hay un desencadenante en algún momento para que el nacionalismo esté hoy tan presente?

JON JUARISTI

Creo que usted supone una mayor capacidad de modelar la historia de los sujetos humanos que la que solemos tener, a los constituyentes. En

primer lugar, los constituyentes hicieron lo que pudieron, torearon el toro de los nacionalismos de una forma muy chapucera, sinceramente. Creo que la forma de resolver la cuestión del nacionalismo vasco no fue la correcta sabiendo que iba a seguir diciendo lo mismo, se metiera o no en la ponencia constitucional. Lo dejaron fuera, luego se arrepintieron, y como compensación le dieron la disposición adicional primera. En ese sentido, eran gente como nosotros.

Pregunta 12

Incluso si hubiera habido un acontecimiento *a posteriori*, como la cesión de competencias que hubiese desencadenado la situación actual.

JON JUARISTI

No lo hay. El nacionalismo vasco, por ejemplo, y supongo que el catalán se ha ido contagiando de esto, teme la nivelación de competencias, porque ésta lo convierte en uno más de estos elementos constituyentes de la nación española. Para empezar, si no admite la soberanía nacional española porque cree que hay otra original superior, entonces la nivelación produce alarma, protesta, sublevación. Las leyes de armonización de las autonomías siempre han encontrado su oposición más fuerte en el País Vasco.

El federalismo, por ejemplo, como una idea del nacionalismo catalán –e IU– en su momento, nunca será aceptado por los nacionalismos vascos. Ni federalismo asimétrico ni nada. Ibarreche, en la reunión de Presidentes de Comunidades Autónomas hablaba de «bilateralidad» entre el «pueblo» vasco y la «nación» española.

ARCADI ESPADA

Yo insisto en lo que le decía antes. Creo que, a pesar de las paradojas, España nunca ha estado tan vertebrada como en estos 25 años. Es verdad que nunca las autonomías han tenido la capacidad y el poder de ejercer su potestad en la historia española como ahora. Pero, tam-

poco había habido nunca una España tan igualitaria. Por ejemplo, la mitificadísima España de los años treinta combinaba los sabores burgueses del Ensanche y el tracoma de Las Hurdes. Desde este punto de vista, España hoy es mucho más nación en el sentido constitucional, y sobre todo nación de hombres libres e iguales, que en eso consiste el famoso «pacto ciudadano». Si atribuimos a los nacionalistas una capacidad de ensoñación mítica y una deslealtad purgada, ahí tenemos la razón; pero es evidente que España nunca había sido tan igual como ahora, nunca había sido tan nación como hoy.

Pregunta 13

Yo también soy catalán, como algunos de los que han intervenido, y quería hacer alguna consideración sobre lo que se ha planteado sobre la zona que mejor conozco. Creo que los presentes se harían una idea muy clara de los problemas de Cataluña si vieran unos cuantos informativos de TV3. Al ver con qué absoluta normalidad se ven auténticas aberraciones, la gente entendería rápidamente el papel que ha desempeñado el periodismo en la lluvia fina que ha ido normalizando esto. Por otro lado, creo también que hay una trampa en el debate, que yo no aceptaría nunca. No se está debatiendo el aumento de competencias, se está debatiendo el sujeto soberano. Se presenta la reforma constitucional como un medio para mejorar las condiciones de la Administración, cuando, en realidad, lo que se debate es por qué se tiene derecho a ellas. Se piden porque así corresponde a una nación. No importa conseguir menos si se consigue porque se reconoce la existencia de un sujeto soberano.

Y, sobre todo, ¿por qué se está haciendo? El nacionalismo es muy difícil de definir, pero siempre recurre al victimismo y a una tensión permanente generada por una reivindicación solicitada y no concedida. Yo creo que es una relación patológica con la patria, que convierte al país sobre el que ejerce su hegemonía en un sujeto enfermo.

El problema no es que exista el nacionalismo como opción, sino que la única forma de ser catalán o de estar en Cataluña sea mediante la cultura, no la política, nacionalista. Se percibe la deserción de las élites. ¿Qué hubiera pasado si hace 15 ó 20 años 200 intelectuales de habla castellana hubieran redactado un manifiesto sobre lo que esta-

ba sucediendo en Cataluña? No ha ocurrido, pero ¿por qué? Estamos infravalorando el carácter de chollo clientelar, de promoción social, de sectores que sólo se pueden promocionar a través del proyecto nacionalista en algunas comunidades. En estos momentos, en Cataluña, hay gente que tendría un nivel social muy inferior si no fuera por esto.

Mencionaba antes Arcadi Espada la iniciativa del tripartito para un «memorial democrático». En mi departamento se discutió, y llegó un momento en el que nos dimos cuenta de que no discutíamos sobre los vencidos o los vencedores, sino que estábamos discutiendo quién se quedaba con el instituto, los de Iniciativa per Catalunya o los de Esquerra Republicana. La división en el departamento se producía entre dos miembros del tripartito. Esa compra de élites que ha creado un estado de indefensión de los sectores sociales catalanes no nacionalistas, se manifiesta claramente en este ejemplo. Y, evidentemente, existe una responsabilidad de la izquierda y de un partido con un proyecto político que se llamaba nacional y de clase, fundamental para entender cómo en Cataluña se empieza diciendo que el nacionalismo puede ser democrático, se reivindica el autogobierno, y al final se acaba diciendo que la única forma de ser demócrata es ser nacionalista. Quien no entra en ese juego se convierte en un extraño que crea problemas en una comunidad que había llegado a la armonía, en una especie de terrorista cultural al que hay que echar del país o hacerle la vida imposible. Esto hay que vivirlo para comprenderlo de verdad.

JON JUARISTI

Hace unos días, Zapatero, hablando del matrimonio homosexual, ha dicho una cosa que ha sido mal entendida, es decir, la prensa no socialista ha reaccionado sin escuchar la frase completa. Dijo: «Por fin España ha llegado a ser una sociedad decente donde no se humilla a nadie». Realmente esta frase es de Avishai Margalit, un filósofo israelí. Las sociedades de mayoría nacionalista humillan y excluyen al que no es nacionalista.

Voy a contar brevemente mi caso personal. Yo me fui del País Vasco hace seis años, después de la ruptura de la tregua con ETA. Bien es verdad que seguí la orden de Mayor Oreja, que me dijo que salie-

ra inmediatamente porque estaba en una situación de riesgo objetivo muy grave, después de habérmelo dicho otras veces antes. Uno, en esos momentos, desaparece hasta que lleguen noticias más tranquilizadoras, y así he vivido unos cuantos años. Pero, al principio, me hice el remolón porque no quería irme de mi tierra de origen. Yo vivía en un municipio cerca de Bilbao, en Guecho –Algorta–, que tenía mayoría nacionalista en el Ayuntamiento y donde éste publicaba con el dinero de los contribuyentes una especie de periódico cultural, para mayor gloria de la Administración nacionalista. En noviembre de 1999, y coincidiendo con la ruptura de la tregua de ETA, apareció una entrevista con el concejal de cultura de Guecho, del PNV. Es un hombre algo mayor que yo, profesor de ikastola, que decía que no leía libros, algo que no le impedía ser concejal de cultura en el País Vasco, puesto que Sabino Arana también decía que no leía libros. Y decía que la única actividad cultural que le apasionaba era la talla de arcas de madera, de *kutxas*. El entrevistador le preguntaba en algún momento su opinión sobre uno de sus vecinos, Jon Juaristi. Él decía: «creo que es escritor, pero creo que es un tipo muy cortito en sus alcances intelectuales».

Cuando yo leí aquello, pensé: no puedo seguir viviendo aquí, no puedo tolerar que un pirado como éste diga esto en un periódico pagado con mi dinero. No está pidiendo que me maten, pero está diciendo que soy cortito, cuando he pasado cinco oposiciones en mi vida, soy catedrático de universidad y he leído unos cuantos libros más que este tío; por tanto, no puedo vivir en un pueblo que tiene semejante concejal de cultura.

Las sociedades nacionalistas son insoportables porque son indecentes, humillan cotidiana y gratuitamente, y le hacen saber a uno que no es de la tribu y que le van a pisar cuando quieran. Y todo esto se manifiesta en ejemplos como el que acabo de citar, que, a mi parecer, era la gota que colmaba el vaso, después de la ruptura de la tregua. Éste fue el motivo que me impulsó a no querer seguir viviendo en esta sociedad.